

rabia sobre el mármol de las mesas de discusión de los cafés taurinos.

Y con haber escrito tanto me encuentro con que, como siempre que se quiere decir mucho, no he dicho nada, y quedábaseme guardado el mayor elogio, exacta y completa biografía del periodista y del hombre.

Periodísticamente, Pepe Loma—descubríos con doble motivo—fué digno sustituto de *Sobaquillo*.

Personalmente, Pepe Loma era un hombre todo bondad.

¡Ved qué pena su muerte!

Ya no gritaremos más en la plaza:

—¡*Don Modesto!*, ¡Buenas tardes!

Y a la fiesta de toros, una de las mentiras más grandes de los tiempos que corren (no por lo que hagan o dejen de hacer sus actores, sino porque no ocurre nada de lo que en ellas dicen que ocurre), le faltará su nota más simpática y pintoresca: las crónicas de su inimitable cronista; pero seguramente en el fondo de todos los corazones se levantará evocador el grito antes jubiloso con que entonces le saludábamos y con que ahora, llenos de hondo y sincero dolor, despedimos tristemente al periodista, al maestro y al amigo.

—¡*Don Modesto!*, ¡Buenas tardes!...



El nieto de Palafox

o el maquinista del rápido.

Esta inquietud en que vivimos por todas las cosas, esta insaciable curiosidad que nos domina, me ha llevado esta mañana a subir en la máquina del rápido de Hendaya y a caminar en ella hasta Segovia, tan pronto abrasado por el fuego de infierno del horno como acuchillado por el airecillo sutil, helado y cortante de la Sierra.

No era ésta una máquina cualquiera, sino la última palabra de las locomotoras, una Compound de las que el personal ferroviario llama *cuatromil*, designándolas por el número que llevan. Ya las locomotoras no se enorgullecen con los nombres sonoros de héroes, sabios y poetas. Las «Hernán-Cortés», «Echegaray», «Zorrilla» y «Calderón de la Barca» arrastran ahora trabajosamente esos inacabables trenes de mercancías, que siempre encontramos parados en las estaciones, y que emplean un día en venir de Ávila a Madrid, haciendo noche, a semejanza de las galeras clásicas, en las ventas del camino.

Una circunstancia extraordinaria hacía hoy doblemente interesante el viaje del *reporter* en esta *cuatromil*. El maquinista que la conducía era nada menos que el Excmo. Sr. D. José María de Menos y Palafox, duque de Zaragoza.

—¿Cuándo va usted de viaje?—le había preguntado hace pocas noches el *reporter* en el Real.

—El lunes llevaré el tren nueve hasta Venta de Baños.

—Pues el lunes, a las nueve y catorce, estaré con usted en la máquina.

Y heme aquí Los viajeros del rápido de Hendaya, envueltos en pieles o enfundados en los gabanes, se han metido apresuradamente en los coches, huyendo del frío. ¿Quiénes son? ¿Adónde los llevamos? ¿Van a sus ilusiones? ¿Vienen con sus desengaños?

EN MARCHA

Ha sonado una campanada; después, un silbato.

—¡Buen viaje!—nos grita el ingeniero señor Moreno, jefe de la explotación de la Compañía del Norte y casi mi vecino en las divinas Mariñas be-tanceras.

—¿«E logo»?—le contesto en la dulce fala que usamos en aquel paraíso.

El duque de Zaragoza ha movido una palanca; suavemente, sin sacudidas, la máquina ha tirado

del convoy, formado por siete vagones de los grandes y dos furgones, y hemos partido.

Ni hubo vibración, ni furia, ni silbidos.

Estos expresos son otros.

Nos enteramos de que estamos en marcha porque vemos venir a nuestro encuentro los vagones que están en las vías muertas y los árboles esqueléticos y escarchados de la Florida. Cruzado el paso a nivel de La Bombilla, aumenta la velocidad.

La Casa de Campo y las tierras de pan llevar que cruzamos luego, blanquean con la escarcha, que no saben deshacer los débiles rayos de un sol tímido. El campo es una desolación; la carretera que nos acompaña largo trecho, está desierta.

Ni un carro, ni un viandante. El frío retiene a las gentes en el calor de los hogares.

Los hotelitos de Pozuelo, cerrados a piedra y lodo, dan la impresión de un pueblo sin habitantes. La máquina camina incansable. Dijérase su penacho de humo un pañuelo que se agita diciendo adiós a los que quedan.

Delante de nosotros brillan los rieles al sol, y, como si quisiéramos coger estos rayos de luz, corremos hacia ellos; pero ellos se burlan de nuestro afán, y, aunque parece que vienen a nosotros, nos huyen siempre.

Estas máquinas tienen una marcha tan suave, que, a no ser por los movimientos que imponen las curvas, creeríamos que estamos quietos y que es la vía y la tierra que tenemos delante la que se

nos aproxima a una velocidad de 40, 50, y, a veces, 70 kilómetros.

¡LO QUE TRAGA!

Continuamente el maquinista en propiedad, don Julio Torres, y el fogonero, Tomás Anibarro, nutren de carbón el horno, que es insaciable. No pasan cinco minutos sin que el maquinista abra las compuertas de aquel infierno y Anibarro eche paletadas y paletadas de carbón. A veces, el maquinista coge un larguísimo palo de hierro (parral, le llaman) y revuelve el combustible que se quema en el horno. De rato en rato, el fogonero riega con una manga que lleva la máquina, el carbón del ténder.

—No crea usted—me dice el duque—que es cosa de poco más o menos esta de echar el carbón. Hay que saber distribuirlo bien, mandándolo a los sitios donde es necesario, y surtir el fogón con la clase conveniente, de las tres que llevamos (cribado, polvo y briqueta), según las velocidades, los accidentes del terreno y el peso que se arrastra. Por eso, los distribuidores automáticos que se usan en América no son prácticos.

—¡Lo que traga este glotón! —exclamo yo, viendo cómo el fogonero no da paz a la pala con que llena el horno.

—No lo sabe usted bien—contesta Torres—. Yo he cargado, para este viaje de Madrid a Segovia,

via, tres mil kilogramos de carbón; en Segovia me pondrán ahora tres mil quinientos para el viaje de vuelta de esta noche, y mañana, con lo que me sobre y quinientos que cargaré antes de salir, llevaré hasta Ávila el correo.

LA VIA

Como una exhalación, han cruzado a nuestro lado, por la vía descendente, dos trenes. La velocidad de los que bajan y el que sube, impiden distinguir detalles; sólo se ve un artificio que pasa raudo y humeante a nuestro lado.

Los guardavías nos ven pasar, inmóviles, enseñándonos sus banderines plegados.

Frente a la actividad que nos arrebatada, representan ellos la indiferencia, la quietud, acaso la verdad; desde luego, la razón.

Y, allá vamos, sin saber ciertamente adónde, dejando atrás estaciones y pueblos, trepando hacia la Sierra, que nos saluda enviándonos el beso de un airecillo fresco y saludable, que a veces nos consuela del calor del horno y a ratos nos obliga a pedir a éste amparo contra la agresividad de aquél.

¿No habéis pensado nunca, mientras miráis con ojos indiferentes o curiosos el paisaje a través de los vidrios de vuestro bien caldeado coche, en las constantes alternativas de calor y frío que sufren los que conducen la máquina que os lleva?

Sudan a mares, por el trajín constante y el calor del fogón, y, apenas se vuelven hacia el ténder, el frío de la Sierra los hiela.

Pensad en los días tremendos del verano en que todo les abrasa, el calor de la máquina y el fuego del cielo; figuraos las noches crudas del invierno, en que se tuestan el pecho mientras se les hiela la espalda...

—No sabemos qué es más horrible —me dicen estos hombres—. Malo es el verano; ¡pero mire usted que el invierno!...

—Pero, en fin —concluye, resignado y filosófico, el maquinista—, la vida hay que ganarla; sólo los ricos se la encuentran hecha, y para eso sabe Dios cuáles serán sus penas y sus fatigas, porque sin ellas no se escapa nadie.

LA MÁQUINA, BEBE

Henos en Villalba. Con matemática precisión, ha parado el duque la máquina en el lugar que marca una piedra colocada junto a la vía muerta.

—Cada máquina —me advierte el nieto de Palafox— tiene una señal para hacer su parada exactamente, a fin de no tener que andar maniobrando para llegar a la manga.

Mientras la máquina bebe, unas mujeres, criadas o esposas de los empleados de la estación, lle-

gan con unos cubos en demanda de agua caliente, que el fogonero les sirve.

—¿Qué? ¿Hace mucho frío? —interroga el duque, que es muy popular entre las gentes de la vía.

—¡Andá! —contestan ellas, estremeciéndose dentro de sus mantones.

—¡Si yo tuviera vuestra edad! —dice un viejecico que anda por allí, abrigado con una zamarra y enguantado con unos guantes verdes—, poco que me iba a reir de *tos* los fríos!

Un empleado de la estación presenta al duque un talonario para que firme en él. Es la notificación de que la vía está libre.

En Villalba hemos dejado un vagón. Lleva el tren 220 toneladas de peso. En el puerto pueden subir estas máquinas hasta 340, y en terreno llano conducen hasta 1.000. Cada vagón de los que llevamos pesa 34 toneladas; el restaurant, 38, y los furgones, de 14 a 18, según los equipajes.

¿Y LA NIEVE?

Trepamos por la Sierra. A nuestra derecha está Siete picos; llegamos en seguida a Cercedilla, y nuestros ojos buscan por todas partes la nieve, que no ha caído. Algún rincón sombrío tiene hielo; se ven algunas manchas blancas aisladas; pero nieve, lo que se dice nieve, no hay.

En las trincheras, donde nunca da el sol, hay

algunos carámbanos. A la entrada de los túneles hay estalactitas de hielo.

—Cuidado con esas agujas —avisa el duque al penetrar en un túnel.

—Muchas veces, al caer por el calor de la máquina, se nos clavan en la cara, haciéndonos ver las estrellas —dice el fogonero.

—Se ha dado el caso de romper los cristales del mirador de la pantalla—agrega Torres, refugiándose, con el fogonero, bajo ella.

Hace ese frío húmedo de las cuevas.

Sumidos en la obscuridad caminamos largo rato, envueltos en el humo que vomita la máquina y que de vez en cuando se pinta de rojo con la luz del horno, abierto para recibir carbón. Entre nubes de fuego nos arrastra el caballo de Wotan.

Desde aquí comenzamos a bajar.

Los pinos de San Rafael, movidos por el viento nos hacen graciosas cortesías. Hay alguna nieve en el suelo.

—Pero esto no es nada—nos advierte el maquinista—. Desde Septiembre acá no ha vuelto a nevar. Nunca he conocido un año como éste, y llevo muchos en esta línea: casi todos los que tengo de maquinista. Ordinariamente, tenemos que pasar por aquí con mucho cuidado. Hay unas trincheras que son muy peligrosas en cuanto tienen veinte centímetros de nieve; porque, como aquí se hiela en seguida, cuesta mucho trabajo romper-

la. Las exploradoras descarrilan con cierta frecuencia.

En la máquina suena un timbre. Es el marcador de la marcha que nos advierte que vamos a 70 kilómetros por hora.

A veces patinan las ruedas, por el hielo, y el duque mueve la palanca del arenero que lleva la Compound para enarenar la vía.

—Mire usted la caseta del Club alpino. *En seco*. Este año la nieve les ha faltado a la cita.

Durante las paradas, el maquinista engrasa la máquina.

Después del túnel de Cercedilla, vemos todo el camino que hemos seguido desde Villalba; la enorme subida en inacabable curva, los milagros de esos magos modernos que se llaman ingenieros...

De pronto, nos metemos en una gruta fantástica que adornan caprichosas estalactitas de hielo, que al paso de la máquina van fundiéndose. Lejos, lejos, un puntito blanco, que va poco a poco agrandándose, nos muestra la salida.

El duque de Zaragoza no suelta el freno de la mano.

—¡Cuidado!—avísale de vez en cuando el maquinista.

—¡Ya, ya!—contesta el duque, prevenido.

CRUCES Y SALIDAS

Una breve parada en el Espinar. Ofrecen ahora estas estaciones un aspecto de abandono. No hay nadie, fuera de los empleados, que corren embudidos en sus gabanes pardos. Las muchachas que en verano pasean por aquí sus vestiditos de percal, examinando curiosas a los viajeros y riendo satisfechas los piropos con que las agasajan los caminantes, no alegran ahora los andenes. Aquella linda muchachita rubia, y la otra morena, que se acercaban ruborosas y decididas al coche correo para depositar una carta, no escriben ahora a nadie.

Vamos a salir. Se ha acercado a la máquina el jefe de estación y entrega al maquinista un boletín de cruzamiento que advierte la supresión de uno que allí debía tener lugar. Es un cartón rojo como un billete de ferrocarril, que dice: «Tren número 4.020 suprimido entre Segovia y Cercedilla el 5 de Enero de 1914. El jefe de estación.» Y debajo los garabatos de una firma ininteligible y un sello: «Espinar.»

—Estos boletines son nuestra garantía—me explica Torres—. Cuando debemos cruzar en alguna estación con otro tren, y no se verifica el cruce, no salimos si no nos entrega el jefe un boletín como éste, o de estos otros—sacando otro cartón morado de una caja del tender.

Este otro boletín dice: «Autorizo al tren 2 para que cambie su cruzado con tren 1.012 en Robledo.» Y la fecha, firma y sello. Y en el reverso una advertencia: «El maquinista no puede ponerse en marcha sin haber recibido del jefe de estación el boletín de cambio firmado por este último.»

—Son nuestra garantía estos cartones. Con ellos, si ocurre un choque, estamos a salvo de responsabilidad.

—¿Y si se hacen ustedes papilla?

—En los bolsillos del maquinista encontrarán el boletín.

MAQUINISTAS Y FOGONEROS

Durante el viaje, el *reporter* no ha cesado de hacer preguntas a sus compañeros. ¿Cómo se llega a maquinista? ¿Quién los nombra? ¿Cuánto ganan? ¿Qué líneas hacen?

A maquinista se llega por sus pasos contados. Se empieza por fogonero. Torres, que cumple el 26 de este mes treinta años al servicio de la Compañía, comenzó de aprendiz de montador en el depósito de Valladolid; luego fué ayudante de montador; después entró en el escalafón de máquinas: fogonero auxiliar, fogonero efectivo de tercera, de segunda, de primera; autorizado para maquinista auxiliar; maquinista de cuarta, de tercera y maquinista de segunda, que es ahora. Los maquinistas de primera son jefes de máquinas. No

tienen líneas; pero frecuentemente van de inspección en las máquinas para conocer las aptitudes del personal. Ellos examinan a los fogoneros que creen aptos, y si éstos conocen bien los reglamentos de la Compañía, el mecanismo de la máquina y tienen práctica para la reparación de averías, los proponen para el ascenso al jefe de tracción. Después los ascensos son por antigüedad... si el concepto del maquinista es bueno. El que tiene muchas multas y castigos en su hoja de servicios, no asciende.

LO QUE GANAN Y LO QUE PAGAN

La de maquinista es una de las profesiones manuales mejor retribuidas. Muchos padres deberían pensar en ella antes que en castigar a sus hijos con la miseria de un título de abogado, de maestro, o de licenciado en Filosofía y Letras, que son una terrible carga para quien no sabe llevarlos.

—Pero es que este de maquinista es un oficio de mucho trabajo y muchas fatigas.

—Más *cornás* da el hambre.

Los sueldos de los fogoneros son, según la respectiva categoría, de 100, 110 y 125 pesetas mensuales, y los de los maquinistas de 150, 175, 200 y 225; pero esto no es más que una parte de sus ingresos, y no la mayor. Lo más importante son los premios.

Maquinistas y fogoneros tienen un sobresueldo considerable por ahorros y minutos ganados; como tienen una pérdida por los minutos perdidos y lo gastado de más, pérdida de la que ya tienen ellos buen cuidado de huir; y así, gracias a esta sabia organización, la Compañía tiene un personal cuidadoso de sus intereses y bien pagado... y ella economiza cantidades de mucha consideración.

Por cada minuto que pierda un tren expreso por culpa del maquinista, éste ha de pagar 40 céntimos de multa, y el fogonero, 20; en los mixtos y correos, 14 y 6, respectivamente, y en los mercancías, 7 y 3.

En la hoja de ruta que llevan los conductores hacen éstos constar las incidencias de la marcha y causas de los retrasos, que explican en el boletín de marcha que entregan al maquinista al rendir éste viaje. Conforme a estas notas, se hace luego la liquidación a los maquinistas y fogoneros.

Los premios importan las dos terceras partes que las multas y se reparten en iguales proporciones.

Por cada kilómetro dan al maquinista 60 gramos de aceite, y tantas toneladas de carbón, según el recorrido y peso del tren. Si el gasto excede del debido, lo cual casi nunca ocurre, el personal de la máquina ha de abonarlo, en la misma proporción que antes a razón de 50 céntimos el kilo de aceite, y 12 pesetas la tonelada de carbón. Pero si

ha habido ahorros, la Compañía los abona a estos mismos precios.

—Como casi siempre hay economías, puede calcularse que los maquinistas venimos a salir, entre sueldo y premios, por unas cuatrocientas a quinientas pesetas mensuales, y los fogoneros de cincuenta a setenta duros.

— Buen sueldo.

—Bien lo ganamos; ya lo ve usted.

—¿Llevan ustedes siempre la misma máquina y fogonero?

—La máquina, sí. Yo llevo ésta hace año y medio. De fogonero se cambia con frecuencia, porque los mudan de servicio. También hacemos siempre la misma línea. Yo llevo casi toda mi vida yendo y viniendo de Madrid a Segovia y a Avila. Es necesario que el maquinista conozca bien su recorrido.

—¿Y al llegar a viejos?...

—La Compañía nos jubila con la mitad del sueldo, y el montepío de maquinistas y fogoneros, en el que pagamos seis pesetas mensuales, nos abona dos diarias. De modo que si ha sabido «uno» ahorrar, le queda para vivir.

—¿Y el trabajo?

—Ya usted ve; bastante. Dos horas antes de salir tenemos que estar en la estación, para engrasar la máquina.

—¿Quién la enciende?

—Los encargados que hay en el depósito.

Ahora como la temperatura está tan baja, necesitan mucho tiempo para encender. Comienzan a las cuatro de la madrugada.

EL MAQUINISTA ARISTÓCRATA

—¿Y su hoja de servicios, duque?

—De primera—dice Torres.

—Yo le he tenido siempre mucha afición a esto—contesta el Excmo. Sr. D. José María Menos y Palafox, duque de Zaragoza—. La primera vez que yo subí a una máquina fué el año ochenta y nueve. Era yo un chico de trece años. Me causó una impresión tan grata, que no he olvidado su número: era la mil trescientos sesenta y seis. Luego hice privadamente, en la Escuela Central, de París, los estudios de ingeniero industrial. Quise practicar de maquinista en España, y estuve viajando un año en las locomotoras de los trenes de mercancías, sin tocar nada, para aprender el perfil de la línea, que es lo primero que debe saber un maquinista. Mi primer viaje como tal fué el año mil novecientos cuatro, en el mercancías mil once, suprimido hace mucho tiempo, que iba en doce horas de Madrid a Avila. De entonces acá llevo hechos la friolera de ciento ochenta mil kilómetros.

—¿Sin incidentes?

—Sin otros que alguna detención por causa de

las nieves. He recorrido todas las líneas del Norte. He subido el Pajares en una máquina en cola. Canela fina. Sobre todo al pasar aquellos túneles inacabables. No puede usted figurarse lo desagradable que eso es. Mucho tiene que sufrir esta pobre gente. En Francia he hecho también muchos miles de kilómetros, que no van incluidos en aquella cuenta, y cuya nota tengo en casa. He viajado en las locomotoras de la Orleans, Midí, *Pe-mele* y Norte; pero de turista, porque allí no tengo autorización para conducir. A mí me gusta mucho este deporte, que practico con frecuencia. ¿Qué quiere usted? Cada hombre tiene sus aficiones y debilidades; y no me hable usted ahora nada, porque nos envuelve esta niebla tan espesa, estamos cerca de Segovia y hay que ir con mucho cuidado.

La máquina se había sumido en una nube espesa y fría, un frío que nos entraba hasta los huesos, y no se veía nada a veinte metros de distancia.

—¡Madrid de mi alma!—exclamó Aníbarro, lanzando paletadas de carbón al horno.

PARADA Y FONDA

He aquí Segovia. El duque de Zaragoza cambia de máquina. La *cuatromil*, que es una locomotora para subidas y pesos, cede el puesto a una veloz *tresmil*.

«Mi» máquina esperará en el depósito el expre-

so de las siete de la noche, para tornar a Madrid.

Los viajeros han tomado precipitadamente los coches. Los empleados, así que el tren ha partido, métense en los despachos, a trabajar tras las cortinillas, junto a las estufas.

La estación, este centro de actividad, queda desierta, silenciosa, apacible, entregada a una alborotadora banda de gorriones, que pululan a la rapiña de las migajas de las meriendas.

Una mujeruca parda, con unas sayas pardas y un tenue mantón pardo, va revolviendo con un hierro engarabitado los montoncitos de tierra que hay en la vía, buscando pedacitos de carbón, que guarda en un saco, ya mediado, Dios sabe a costa de cuántas horas de andar encorvada. Cuando no queda nada que buscar, desaparece y se queda el *reporter* solo en el andén, atraído por la tentación de los rieles, que despiertan siempre en nosotros el afán de marchar y nos producen una vaga y melancólica ansiedad al contemplarlos desde la quietud y monotonía de nuestra *posada*.

Píjan los gorriones sanchopancescos, acaso burlándose del periodista, y éste se acuerda de que tiene allí cerca sus correspondientes migajas. Entro en la fonda solitaria; un perrazo, tendido junto a la estufa, sirve de colchón a una gata comodona, que sobre él da allí de mamar a dos gatitos. Estas fondas de estación, en las que hay siempre puesta una larga mesa, a la que no se sienta nadie, ¿de qué viven? ¿Quién viene a comer aquí?

¿Son más felices los quietos que ven pasar la vida sin afanes ni deseos, que los que vamos arras-trados por ella, unas veces en la máquina, tal en el «sleeping», muchas en el furgón, y más bajo las ruedas, triturados, aniquilados por su peso y su trajín?..

¡Bah! Almorcemos.

—¡Camarero! ¡Pronto, que traigo mucha hambre!



Al otro día de "La ciudad".

BENAVENTE CON CARTERA

¿JHS?

Llámenme ustedes sensiblero, impresionable, y si les parece, hasta cursi; pero yo declaro que nunca he podido acercarme a ninguno de estos hombres cumbres, gloria, honra y orgullo, como Benavente, del blasón patrio, sin que un gran encogimiento, el respeto, la emoción del devoto y la convicción de la propia y dolorosa insignificancia me turben y conmuevan hasta lo más hondo.

La mecánica del modesto trabajo periodístico que se llama reporterismo reduce a una sencilla fórmula, de posible aplicación en la mayoría de los casos por la ayuda de la humana y pueril vanidad. Pero esta fórmula, que consiste en mantenerse siempre el gacetero superior al reportaje, ¿cómo podrá aplicarse cuando el objeto de éste es alguien de un valor tan alto como D. Jacinto Benavente? Como el maestro vive en perpetuo asedio de

admiradores, ha tenido que tomar rigurosas precauciones para librar del afecto extraño las horas que dedica al descanso y a la intimidad de los cariños familiares. Es inútil pretender encontrar en su casa al insigne escritor si antes no se ha obtenido de él el señalamiento de una hora. En cuanto Romanones se entere de lo que vale aquella criadita para espantar moscones se la quita a usted, maestro.

Para no dar que hacer al benaventino cancerbero con faldas y novío en la tienda de la esquina, pedimos hace tres días hora a D. Jacinto para unos minutos de charla.

—Bueno. Mañana, a las siete y media, en mi casa—nos dijo el maestro.

Naturalmente, como un cronómetro, a las siete y media de la tarde del siguiente día llamaba el *reporter* a la puerta del glorioso autor de *La noche del sábado*.

¡Valiente plancha! El gacetero se había olvidado de que D. Jacinto Benavente es el noctámbulo más pertinaz de todos los trasnochadores madrileños; no entendió, como debió de entender, que aquellas siete y media eran las de la mañana, y encontró al maestro en el mejor de los sueños, que amablemente condescendió a interrumpir para prestarse a la molestia de nuestras inquisiciones.

Nos recibió en su alcobita, inmediata a su reducido cuarto de trabajo, que aún parece más peque-

ño por las desordenadas montañas de libros y papeles que lo invaden todo: mesitas, sillas, suelo. Creo que hasta hay papelotes en el techo...

El maestro se sentó en la cama, encendió uno de sus característicos puros, esas interminables «toñas» que suele arrojar antes de haber fumado la mitad; cogió unas revistas ilustradas que había sobre la cama y las puso en la mesita portátil que, llena de libros y periódicos tiene encima del lecho, y se dispuso pacientemente a contestar al interrogatorio reporteril.

¿Cómo trabaja Benavente? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Don Jacinto trabaja con una envidiable y grandísima facilidad, según tiene la bondad de decirnos y hemos podido confirmar observándole.

—Primero me forjo el plan, compongo la comedia, construyo los personajes y luego me pongo a escribir.

El maestro escribe en cualquier parte y en todas partes. Su gabinete de trabajo va con él. Las personas que frecuentan los sitios adonde tiene costumbre de concurrir Benavente, le ven de vez en cuando armado de una gran cartera que lleva bajo el brazo, y de unos cigarros más kilométricos que de ordinario. Es que está escribiendo una comedia.

A principios de la temporada teatral que va de vencida, el maestro tuvo la bondad de hacernos unas manifestaciones, que nuestra pereza, de un lado, y la seguridad, por otro, de que él mismo

habría, al fin, de rectificarlas, nos hicieron guardar inéditas.

El padre feliz de *La princesa Bebé* nos aseguró que estaba cansado de luchar; que no escribiría más; que en cuanto reuniese lo bastante para vivir se iría a un rincón lejano, ignorado... ¡El, tan acendradamente madrileño, sin capa ni timos chulescos, que no acierta a vivir más de quince días ausente de su Madrid sin que la nostalgia le torne a su pueblo, hablaba de desterrarse! ¡Y de no escribir más!

Un amigo que le acompañaba me descifró el enigma. Benavente acababa de asistir, en no recuerdo qué teatrillo, al estreno de no sé cuál engendro escenográfico traducido. Y uno de los bobalicones espectadores había exteriorizado la impresión que las telas, las luces y las pantorrillas de las artistas produjeron en su salvaje simplicidad, gritando al salir, emparejado con un señor en quien no pudo adivinar a D. Jacinto Benavente, que aquel disparatón era la obra más grande que se había visto en España.

Por fortuna, muy pocos días después María Guerrero y Fernando Mendoza apremiaron a don Jacinto.

—En usted está nuestra salvación. Necesitamos una comedia de Benavente. ¡Pronto, pronto! ¡Salve usted nuestra temporada!

Y D. Jacinto requirió la cartera, la llenó de cuartillas, afiló sus lápices, tan largos como sus

puros, encendió uno de éstos, se echó a la calle y el tesoro de la literatura patria enriquecióse con nuevos opulentos presentes del inagotable y fecundo ingenio benaventino.

Apenas si desde entonces soltó Benavente su cartera. Cumplidos sus compromisos con los amigos de la Princesa, satisfizo con la comedia de anoche los contraídos con los de Lara.

¡Fértil año de glorioso trabajo! Todos los días pueden envanecerse de haber visto engarzar al maestro alguna perla, cuando no un brillante, en el collar de estrellas de nuestro arte dramático.

En todas partes escribe Benavente: en el saloncillo de la Princesa, en el subterráneo cuartucho-despacho de su compadre Tomás Alenza, el activo, inteligente y discreto representante de Lara, o en su tertulia de madrugada en Levante se ve a Benavente interrumpir sus bromas o su charla seria para abrir la cartera, extraer de ella unas cuartillas y escribir un rato sin distraer del todo su atención de lo que los demás hablan.

Y así van saliendo impecables, definitivas, sus comedias, sin que ni entonces ni luego, en la copia que él mismo saca de ellas, se encuentre apenas una tachadura o una rectificación.

En mi casa guardo como oro en paño los originales de algunas comedias del maestro, y mientras escribo tengo al lado de las cuartillas el original de *La ciudad alegre y confiada*, que D. Jacinto ha tenido la condescendiente deferencia de

regalarme, y todas están vírgenes de tachones, limpias y escritas con su letruca garabatesca, pero firme y segura.

Conforme van saliendo las escenas del horno, Benavente las entrega al teatro. Ya se sabían de memoria los actores de Lara el primer acto de la comedia con tan enorme éxito estrenada anoche, cuando todavía no había comenzado a escribir el tercero.

Y aún se robó a sí mismo un poco de tiempo para, entre escena y escena de *La ciudad alegre y confiada*, traducir *La túnica amarilla*, que con nuevo apremio le solicitaban de la Princesa.

Pese a su sonrisita mefistofélica y escéptica, Benavente es un niño. La infantilidad es su cualidad sobresaliente, la más simpática, el signo más claro de su superioridad. Don Jacinto no sólo es un niño, sino un niño juguetero que unas veces juega a escribir comedias asombrosas y otras a representarlas.

Este gusto de las tablas es viejo en Benavente. Yo creo que, a serle posible la elección, el maestro hubiese sido cómico, como Shakespeare, Molière, Lope de Rueda, Rojas y tantos otros, y aun, aun es posible que, si le diesen a elegir, cambiara sin esfuerzo su gloria inmarcesible de dramaturgo por la de cualquiera de los grandes trágicos, no obstante no acomodarse su temperamento pacífico y fino a las exaltaciones de la tragedia.

Pero, ya que no pueda ser uno de tantos faranduleros, Benavente, que ha sido allá en sus comienzos actor de la compañía de María Tubau, empresario de teatros en provincias y de circo de «la bella Geraldine», de quien se asegura que Benavente estuvo perdidamente enamorado, y que de vez en cuando gusta representar el protagonista de alguna de sus comedias, suele presentarse en escena entre las comparsas, y hasta alguna vez interviene en el diálogo, como en cierta representación de *Morada histórica*, en la que contestó a la invitación de Mora para que firmase en el álbum que juega en la obra:

—No puedo firmar, porque no sé escribir.

A raíz del estreno de *La noche del sábado* se le veía salir, tocado con un fez turco y llevando dos actrices del brazo, a sentarse en una de las mesas del casino del segundo acto.

Esta infantilidad ha hecho que algunas veces se le prohibiera la entrada en los ensayos de sus obras y hace que sea muy vigilado en los escenarios, pues siempre está inventando diabluras para poner en aprieto a los cómicos.

Tal, la jugarreta que hizo una noche en Lara, durante la representación de *Los intereses creados*, dejando a Mora, «Polichinela», encerrado en su cuarto, bajo llave, y llevándose la tranquilamente a la calle. ¡Vierais el lío que allí se armó cuando el traspunte fué a buscar al actor y se lo encontró encerrado! Hasta al público llegaron los

martillazos de los carpinteros para saltar la cerradura y rescatar a tiempo al prisionero.

En los ensayos de sus obras es igual. Alguna vez ha habido que prohibirle la entrada en ellos. Equivoca a los actores, los entretiene con sus bromas y sus chistes y nunca puede estarse quieto. Si no le ocurre lo que en el ensayo general de *La ciudad alegre y confiada*, que, cuando le llamaron para que diese su opinión sobre no sé qué punto, negóse a permanecer en el teatro.

—Pero, ¿por qué?—le preguntaron.

—Porque, si no, luego, en la representación, no me va a sorprender la comedia, y me aburriré.

Ayer mismo, durante el estreno de *La ciudad alegre y confiada*, Benavente, dicharachero y alegre como nunca, y sin dar tan furiosos tirones a los varios puros que fuma durante los estrenos, como otras veces, hacía chistes, alborotaba y hacía los rumores con la comparsaría.

Pero a medida que fué avanzando el estreno y el maestro vió la actitud del público, se sintió dominado por la emoción de aquellas fervorosas y continuadas muestras de cariño, quedóse silencioso y se le vió hacer esfuerzos más de una vez para contener las lágrimas.

—¡Qué cariñoso está el público, qué cariñoso!—decía

En cambio, después, por la noche, como en un momento muy aplaudido por la tarde sonaran aplausos más tibios, se le oyó exclamar:

—¡Caramba! Ha venido Crispín.

Al caer la cortina, finalizada la segunda representación y concluidas las ovaciones con que dentro del teatro le premió el público, los actores le hicieron una manifestación de cariño con vivas y música del Hospicio, a la que él contestó poniéndose a bailar el «agarrao» con la señorita Abadía.

—Como si estuviéramos en la *Bombi*—decía.

Cuento todas estas cosas del maestro, no tanto por lo que tienen de curiosas y entretenidas sino porque con tales antecedentes yo no me atrevo a resolver sobre un caso peliagudo.

Es este. A pesar de la aseveración de *Diario Universal* de que el Conde de Romanones posee el autógrafo de *La ciudad alegre y confiada*, es lo cierto, que, por amable donación del maestro ofrecida cuando estaba escribiendo la comedia, yo guardo en mi casa como oro en paño las cuartillas originales, escritas de puño y letra de don Jacinto, de la obra que tanto está dando que hablar.

Acaso el autógrafo que dice el *Diario* que posee el conde, sean unos cuadernos lujosamente encuadernados que alguien regaló al maestro para que en ellos escribiese su comedia y en los que Benavente la copió conforme la fué escribiendo. Uno de estos cuadernos, el del segundo acto, se extravió sin que haya sido posible encontrarle y para llenar otro, llevé de Lara mis cuartillas y

las devolvió luego y en mi poder están, con algunas correcciones.

Y en este original, que yo guardo con otros del maestro, hay algo que preocupa mi curiosidad reporteril; una incógnita que yo no acierto a resolver.

Hace algunos días encontré en un periódico de Jerez la noticia, tomada de no sé dónde, de que Benavente va a ingresar en la Compañía de Jesús. Por la noche, en cuanto entró en el café de Levante, donde tiene su tertulia de última hora, me apresuré a interrogarle:

—¿Es cierto—le dije—que abandona usted el mundo y se dispone a ingresar en la Compañía de Jesús?

Y él, con su imperdible aire burlón, me contestó:

—Sí, señor; en cuanto me concluyan la ropa. Me estoy haciendo la sotana.

No le di más importancia al caso; pero sucede que ahora en la portada del original de *La ciudad alegre y confiada* me encuentro algo que me deja perplejo, y ese algo es una significativa cifra que, puesta por el maestro, hay junto a su inicial.

Dice la portada:

LA CIUDAD ALEGRE
Y
CONFIADA
COMEDIA EN TRES CUADROS Y UN PRÓLOGO

BJHS

¿Qué quiere decir esto? ¿Se trata de algo positivo, o de una nueva broma del maestro?

Indudablemente, lo mejor hubiera sido preguntárselo a él. ¿Pero me diría la verdad?

¿Y no es mucho mejor que en vez de descubrirla demos al lector curioso y desocupado motivo para cavilaciones y entretenimiento para la charla del vestíbulo del Casino, la pecera de la *Peña* o el corro de los «zorros» de Bellas Artes?

Una cosa que es y no es ¿qué será?

La cuestión es pasar el rato.



Las tragedias calladas.

Lo que voy a referirte, lector amigo, no es ninguna invención. Los protagonistas de este suceso, son seres de carne y alma, con los cuales hace mucho tiempo que trabé estrecha amistad.

Constituían una pareja feliz. Cuando se casaron, hace seis o siete años, llevaban los dos bien pasada la treintena; ella mucho más que él. Había durado mucho tiempo el noviazgo, comenzado cuando él estaba concluyendo la carrera.

Fueron unos largos años de lucha con la mala suerte; de trabajos, de ilusiones, y desesperanzas. La promesa de un destino, o el anuncio de unas oposiciones, les hacía palpar de emoción; ansiosos de dicha, creían en todo. «Ahora, ahora vamos a ser felices». Luego, cuando la fortuna ponía en otras manos la credencial, o la influencia arrebatada la plaza, lloraban creyendo imposible para siempre su felicidad.

Juraba él desalentado no volver a mirar un libro; pero ella, serenándose, sacaba alientos y esperanzas de su deseo, y se los comunicaba a él,

que volvía a la lucha decidido y tenaz, por amor de esta mujer buena. Así doce o catorce años.

Hasta que al fin, un día se cansó de perseguirles la mala fortuna, les regaló la plaza tan deseada, y se fueron a que el cura de San Ginés les dijese los latines; hicieron un delicioso viaje de novios por el Norte —¡ella, que no había visto el mar!—, y al regreso colgaron su nido en un pisito coquetón por las cercanías del teatro Real.

La suerte, antes tan esquiva, dió ahora en mirarlos, y sus negocios marcharon prósperos con vientos de buena fortuna.

—No les falta a ustedes más que un bebé —les decíamos los amigos.

—¡Oh!, ya... —respondía ella suspirando entre contrariada y resignada—. Era la mayor de nuestras ilusiones, y es la única a que hemos renunciado definitivamente.

Hace algunos meses, ella comenzó a sentirse enferma con una enfermedad extraña, que preocupó seriamente al matrimonio, desde que una eminencia médica diagnosticó rotunda:

—Se trata de un tumor en el vientre. Habrá que operar.

Comenzaron entonces una penosa peregrinación de médico en médico. ¿Qué enfermo se conforma con el dictamen adverso? Sobre todo lo que a ella le horripilaba, era la operación.

Sólo nombrarle el bisturí, le producía un ataque nervioso. Más que miedo, era pánico. Se resignaba

a vivir enferma con tal de no entregar su cuerpo a la impiedad de los cuchillos y las sierras de los cirujanos.

Cuantos médicos consultaron, estuvieron conformes. Ella les hacía minuciosa descripción de su estado; referiales el diagnóstico de la eminencia, y luego les preguntaba anhelante:

—¿Usted, qué opina?

¿Qué habían de opinar si uno de los maestros del medicato madrileño había visto tan clara la enfermedad?

En lo que hubo divergencia de opiniones, con gran contento de la pobre señora, fué en cuanto a la necesidad de operar. Algunos doctores dieron su parecer contrario, y a él se agarró mi amiga con todas sus fuerzas para resistirse a que el bisturí rasgara sus carnes.

—Si yo veo delante de mí todos esos instrumentos de martirio, me muero antes de que me toquen —decía.

Y estuvo unos cuantos meses ingiriendo póci-mas y mejunjes, sin notar alivio y viendo cómo su vientre se hinchaba de día en día.

Hasta que de nuevo acudieron al primer médico, que volvió a insistir en la necesidad de practicar la operación prontamente. Ella estaba pasadita de miedo; mas como no había otro remedio, señálose la fecha de la operación para un día de la semana próxima. Pero hace tres días, acometiéronla por la noche, pasada la media, tan tremendos do-

lores, que el marido salió a escape a llamar a un médico que vive en la misma calle, el cual acudió presuroso a ver a la enferma que se retorció en el lecho presa de horribles sufrimientos.

Brevemente explicaron al doctor el *curso* de la enfermedad, y el diagnóstico acorde de tantos médicos. Este de ahora se lo hizo repetir varias veces, hasta que al fin hubo de exclamar bruscamente quitándose la americana y remangándose los puños de la camisa:

—¡Buen tumor nos dé Dios! Lo que tiene usted que hacer ahora mismo—dijo al marido— es salir corriendo en demanda de una comadrona que nos ayude en el trance que se nos viene encima, y por la mañana temprano, echarse a buscar una buena ama que nos críe bien robusto al caballero o la señorita que está próximo a visitarnos.

¿Cómo referir la alegría de mis amigos viendo de un golpe desvanecido el peligro que los atormentaba, y entrárseles en casa la felicidad en que ya no se atrevían a soñar?

Ella, no obstante, se repuso en seguida y no prestó crédito a las palabras del médico.

—Me engañáis para tranquilizarme. Me muero, me muero por no haberme dejado hacer antes la operación.

Hasta que ya no pudo dudar, y loca de alegría estrechó a su hijita contra el corazón, y la llenó de besos, tan pronto riendo como llorando.

—¡Una hija! —exclamaba en el paroxismo de

la alegría—. ¡Tengo una hija! ¡Mi hija! ¡Felicidad!
¡Felicita mía! ¡Rica! ¡Amor! ¡Hija! ¡Mi hija! ¡Hiji-
ta mía!

Y rompió súbito a reír, a reír, a reír..., y se mu-
rió. Y ayer la enterramos.

¡Esta porquería de vida!...



La huerta de San Rafael.

MACHAQUITO SIN COLETA

Despachado el asunto que le trajo a Córdoba, el *reporter* pasea al sol su aburrimiento por el Gran Capitán, esperando la hora del tren de la tarde, que ha de conducirlo a otra parte.

Como todas las poblaciones en que la gente «está a sus negocios», Córdoba no ofrece distracción al paseante ocioso, que se sabe la Mezquita de memoria y tiene los pies doloridos de dar vueltas por las típicas callejas empedradas en punta. Los cafés desiertos; los Casinos solitarios. Queda el recurso del Club Guerrita que puede ofrecer un rato de conversación entretenida a un aficionado a toros.

Efectivamente; allí hay unos cuantos toreros, en activo y retirados: *Conejito*, *Recalcao*, *Cantimplas*, tres o cuatro *Manoletes*, *Zurito*, *El Patatero*, y qué sé yo cuántos más. ¿De qué van a hablar los toreros sino de toros? ¿A qué, si no, vendrán al Club Guerrita? Oigámosles.

—Manué: Yo sé d'ahí d'uno de Armodova que